[Publicado previamente en: *Lucentum* 2, 1983, 203-224. Editado aquí en formato digital por cortesía del autor, con la paginación original].

Los términos «Iberia» e «Iberos»en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación

Adolfo J. Domínguez Monedero
(Universidad Autónoma de Madrid)

Este artículo se propone dos objetivos fundamentales: establecer la relación que pudo existir entre la Iberia póntica y el origen del nombre de la Iberia hispánica, mediante el estudio de la posible información contenida en algunas narraciones míticas griegas, y establecer el contenido exclusivamente geográfico, y alejado de cualquier planteamiento de tipo étnico, que en la Antigüedad tuvo el término «Iberia» (Hispania), acudiendo a los testimonios de los autores grecolatinos.

This paper deals with two basic problems: establish the possible relationship between Pontic Iberia and the origin of the name of Spanish Iberia, studying the information which surely some Greek mythical stories comprise, and establish the contents exclusively geographical, and far of any ethnical consideration, which the word «Iberia» (Hispania) had in ancient times, turning to the graeco-latin authors' witness.

Cuando en los estudios actuales acerca de cualquier aspecto, determinado o general, relativo a los pueblos prerromanos de la Península Ibérica, se quiere mencionar a los habitantes de un área «comprendiendo la Cataluña francesa (el Rosellón), Cataluña al sur del Pirineo, una franja de Aragón, más o menos cerrada por el meridiano de Zaragoza, todo el País Valenciano y la región de Murcia (comprendiendo el extremo de la Mancha, que hoy corresponde a la provincia de Albacete)» (TARRADELL, 1980, 135), aunque en muchas ocasiones se englobe también a los pueblos del Sudeste y Sur peninsulares, hasta la desembocadura del Guadalquivir (PRESEDO, 1980, 151), se emplea el término de «pueblos ibéricos». Aunque hoy día dicho término se haya hecho imprescindible, sin embargo, creo que sería útil tratar aquí de lo que para los autores antiguos que trataron de la Península Ibérica significaba este nombre, así como el origen del mismo.

II

El profesor TARRADELL (1980, 133) duda de si los indígenas llevaban este nombre o les fue atribuido por los colonizadores que él supone griegos. Voy a intentar demostrar, en primer lugar, que los nombres de Iberia e ibero, para la tierra y el habitante

respectivamente, son nombres asignados por los griegos, según afirma Estrabón (III, 4, 19); hay que buscar, una vez que sabemos el origen griego del nombre, el porqué del mismo. Por el momento, no tengo noticia de que se haya intentado algo similar a lo que yo pretendo, aunque mi desconocimiento no quiere decir, ni mucho menos, que no se haya hecho. Sea como sea, voy a proponer aquí mi propia interpretación.

Creo que no puede comprenderse el concepto de Iberia, aplicado a la Península Ibérica (a la totalidad o a una parte, como ya discutiremos posteriormente), sin referencia, como viene siendo frecuente, a los Iberos y a la Iberia orientales. Efectivamente, dos son las «Iberias» que en el mundo antiguo se conocen: una de ellas, la oriental, ha sido considerada sistemáticamente por los historiadores como sin ninguna relación, salvo la casualidad de sus nombres (SCHULTEN, 1952, 311), con la Península Ibérica. Sin embargo, las fuentes y su interpretación tienen algo que decir al respecto. Creo que la solución nos la aporta uno de nuestros mejores informadores acerca del mundo antiguo, que no es otro que Estrabón, cuando nos dice (XI, 2, 19) que es probable que los iberos del Ponto y los iberos occidentales sean «homónimos» a causa de la existencia de minas de oro entre ambos. SCHULTEN (1952, 310) cree que debe tratarse de una interpolación, y GARCÍA BELLIDO (1968, 247) dice que se trata de una «curiosa hipótesis, fuera de toda razón».

Como yo creo que una de las misiones del historiador es interpretar, vamos pues a intentar hacerlo con este dato de Estrabón, para lo cual tendremos que partir primero de la identificación de los iberos del Cáucaso. Como el propio Estrabón nos dice (II, 5, 12), habitan en esta región junto con los albanos y, entre otros pueblos, son vecinos de los escitas (II, 5, 31). Iberia está prácticamente rodeada de montañas (XI, 3, 2); las costumbres de los que viven en las llanuras son similares a las de los armenios y los medos; la mayoría, sin embargo, viven en las montañas y son belicosos, como los escitas y sármatas de los que son vecinos y con los que por raza están emparentados (XI, 3, 3); igualmente, su sociedad está dividida en cuatro castas (XI, 3, 6). Es decir que, según la propia descripción de Estrabón, no parece haber ningún lazo directo y efectivo en el aspecto étnico y cultural entre estos iberos y los iberos de Occidente.

La relación entre las dos Iberias es el problema que, por el momento, parece insoluble. De lo que yo voy a tratar a continuación es de intentar, por medio de dos mitos o ciclos míticos concretos, relacionar la zona póntica y la zona del Mediterráneo Occidental para indicar, posteriormente, cómo veo yo, siempre en el terreno de las hipótesis, la asignación de un nombre geográfico ya conocido a una tierra recién conocida. Pues bien, yo creo que el nexo de unión entre estas regiones lo constituye la figura de Heracles, concretamente a través de uno de sus doce «trabajos». Hay quien interpreta estos trabajos como el momento del paso del estado de barbarie al de civilización (CIVITA, 1974, 274). Realmente, estos trabajos relacionados con Heracles se presentan dentro de una gran diversidad de tipos míticos (KIRK, 1973, 296-297) y, ya desde la Antigüedad, se buscaron interpretaciones generales para este ciclo, como la de Clemente de Alejandría, para quienes estos trabajos representarían la victoria de la inteligencia valerosa sobre las pasiones (PEPIN, 1958, 399). Nosotros vamos aquí a estudiar uno de estos trabajos, al tiempo que veremos cómo las concepciones geográficas ligadas al mito muestran una gran diversidad en distintos momentos históricos, consecuencia de la cambiante concepción del mundo, debida a la inexistencia de una auténtica ciencia geográfica. Heracles en su duodécimo (o según oíros, undécimo) trabajo para Euristeo, sabemos que tiene que ir a buscar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides. Son estas unas ninfas, cuyo número oscila entre tres y siete, según distintas versiones (FALCON et al., 1980, 327), que son las «ninfas del ocaso» y de las cuales las más conocidas son Egle, Eritia y Hesperaretusa (GRIMAL, 1981, 264). Las interpretaciones de este trabajo concreto han sido abundantes y presentan una diversidad interesante. Hay quien, dan-

do por buenas las teorías de tipo evhemerístico, considera que originariamente se trataban de ovejas con una lana rojiza que se asemejarían al oro, basándose en que la palabra «melón» significa tanto oveja como manzana (GRAVES, 1955, II, 150-151). Otros autores opinan que la relación de las Hespérides con la ultratumba es evidente (KIRK, 1974, 193). NILSSON (1932, 214) llega a afirmar que la idea de este Jardín es pregriega y, en este momento, ya habría un ciclo completo de trabajos cuya interpretación general es la victoria sobre la muerte. Hay quien llega a señalar una serie de paralelos y coincidencias con el Jardín del Edén, lo que reflejaría el deseo humano de «ser como dioses» (HATHORN, 1977, 331). Se han señalado los varios paralelos que existen entre este trabajo heráclеo y la leyenda de los Argonautas (GALINSKY, 1972, 114-115), y sus semejanzas con el trabajo de los bueyes de Gerión, aunque reconociendo su carácter y origen distintos (RAMIN, 1979, 118-119). Además de la interpretación alegórica, recientemente se ha retomado y ampliado la explicación de este mito, en relación con la obtención del ámbar (RAMIN, 1979, 88-89). De la representación iconográfica del mito, también han tratado diversos autores (FLACELIERE, DEVAMBEZ, 1966, 120-122; BROMMER, 1953, 47-52, 94-95; HENLE, 1973, 70). Pues bien, el Jardín de las Hespérides era ubicado, por los antiguos, en distintos lugares tales como el Oeste de la Libia, el pie del Atlas y el País de los Hiperbóreos (GRIMAL, 1981, 248).

Las dos primeras identificaciones son perfectamente compatibles, ya que el nombre de Hespérides tiene en la mitología griega, desde Hesíodo, un valor que encierra la idea de Occidente (GARCÍA Y BELLIDO, 1967, 205), y el alejamiento hacia Occidente se corresponde con el progresivo conocimiento por parte de los griegos de esa zona del Mediterráneo Occidental. Este problema ha sido abordado, no hace mucho, por GARCÍA IGLESIAS (1979, 137-138) que ve, sin embargo, un mayor peso en la identificación Heracles-Melkart. Del mismo modo, otro de los trabajos de Heracles relacionado con la Península ha sido interpretado recientemente como una especie de Periplo en clave, para alcanzar el Extremo Occidente, señalándose también su posible componente fenicio (ROSENSTINGL, SOLA, 1977, 543-548); también hay que tener en cuenta las tesis de DION (1977, 143-145). Pero la tercera de las identificaciones plantea sus problemas, entre los cuales no es el menos importante su correcta significación. Este dato nos lo proporciona el libro II, 5, 11 de la «Bibliotheca» de Apolodoro; es posible que esté siguiendo en la narración de este mito a Ferecides, que viviría en la primera mitad del siglo V a. C. (GRIMAL, 1981, XX), y dice claramente que estas manzanas no estaban, como algunos han dicho, en Libia, sino en el país de los Hiperbóreos. (Por lo que se refiere a las supuestas relaciones de Heracles con el extremo septentrión, puede ser interesante también lo que dice Tácito, en su Germania, XXXIV, 2-4, cuando habla de unas «Columnas de Hércules septentrionales»). De todas formas, si bien creo que no puede descartarse que nos hallemos aquí ante una tradición posterior, me parece mucho más probable, como trataré de demostrar, que se trata, precisamente, de una tradición más antigua, luego rechazada, pero que «Apolodoro» llegó a conocer. Además, no cabe duda de que los griegos dudaron largo tiempo sobre la situación de las Hespérides (RAMIN, 1979, 115-117). De lo que yo no creo que haya que dudar es de que se trate de un «país» septentrional, puesto que el viento Bóreas habita en Tracia, que es el país frío por excelencia (GRIMAL, 1981, 72). Es igualmente aleccionador que Estrabón, en XI, 6, 2, mencionando las opiniones de autores muy anteriores a él, pero en los que posiblemente esté incluido Helanico de Lesbos, nos habla de que Hiperbóreos es una denominación que para estos autores incluía a los individuos que se hallan en las tierras interiores próximas al Ponto Euxino, precisando en I, 3, 22, que Hiperbóreos denominaba a los pueblos del extremo septentrión.

Lo que parece claro, pues, es que el país de los Hiperbóreos está en el *extremo del mundo* conocido o, mejor, intuido; poco importaría que fuese el extremo septentrional. A este respecto, es interesante la constatación de que en la Iliada (IX, 5) se menciona el

hecho de que el Bóreas y el Céfiro (viento del Oeste) soplan desde Tracia. A pesar de la interpretación «racionalista» de Estrabón (I, 2, 20) creo que es muy posible que nos hallemos aquí con la prueba de que, en todo caso antes del siglo VIII a. C., aún no estaban establecidos, de modo preciso, los puntos cardinales y qué tierras corresponden a cada uno de ellos; errores de apreciación existentes en un primer momento, que posteriormente son advertidos y subsanados, pero cuyo reflejo persiste en el mito. Nos hallamos aquí, quizás, con una antigua leyenda que situaba el Jardín de las Hespérides en el extremo del mundo, un mundo limitado, poco conocido, pero en el que tal vez la propia existencia de países, más o menos inaccesibles, hiciera creíble la existencia de esos individuos, viviendo en estas tierras extremas. Según el conocimiento del Mediterráneo Occidental va aumentando, se llega a un auténtico «finis terrae», que por el Norte no se había logrado ver. A este «fin del mundo» se traslada el Jardín de las Hespérides, que cuadra más con este carácter terminal del lugar, y teniendo en cuenta el corrimiento hacia Occidente de gran número de mitos griegos, que han estudiado diversos autores, entre ellos DION (1977). Los lugares propuestos en Occidente son varios, como hemos visto, pero hay que tener en cuenta que el nombre de una de las Hespérides (Eritia o Erytheia) le es dado a una tierra próxima al río Tartessos (fragmento 4 de la Gerioneida de Estesíoco de Himera), lo cual la situaría en la Península Ibérica, a lo que ayudaría la proverbial riqueza de la zona.

Posiblemente, y debido a esta traslación, es este undécimo trabajo de Heracles el que presenta un mayor número de viajes, en muchas ocasiones contradictorios, y que llevan al héroe en diversas direcciones, especialmente al Norte, lo cual, sin duda, debe interpretarse como recuerdo del primer itinerario que siguió cuando el Jardín de las Hespérides estaba, en efecto, en el extremo septentrión. Y este paso por el Norte no podía, o no debía, evitarse, puesto que el anfitriónida *tenía que* ir hacia el Norte; y tenía que hacerlo porque tenía que liberar a Prometeo, encadenado en el *Cáucaso ,* que según una de las versiones del mito le diría cómo hacerse con las manzanas. Indudablemente que, igual que el emplazamiento del Jardín, también podría haberse movido el lugar de prisión de Prometeo, pero el Cáucaso sería lo suficientemente conocido como para que pudiera ser «trasladado» sin que el mito perdiera credibilidad, a pesar de la teoría de CARPENTER (1948, 1-10), recientemente refutada por DION (1977, 58). Pero si bien el Cáucaso era conocido, los «extremos del mundo» quedaban lo suficientemente desdibujados como para situar dicho Jardín donde mejor conviniese. Es precisamente, tras liberar a Prometeo, cuando puede decirse que comienza el trabajo undécimo de Heracles (RUIZ DE ELVIRA, 1975, 236), viaje «desmesuradamente tortuoso o vacilante, reflejando quizás ideas geográficas sumamente confusas» (RUIZ DE ELVIRA, 1975, 235), a lo que yo añadiría lo antes dicho, es decir, la evolución del mito que, a la par que ía evolución de la Geografía y el conocimiento del mundo, permite que el «extremo» de éste sea ubicado en otro lugar más idóneo. Posiblemente el corrimiento a Occidente del mito tenga lugar después de fines del siglo VIII a. C., ya que según afirma GARCÍA Y BELLIDO (1948, 93), en Hesíodo, que escribe en esa época, no hay aún rastro de la llegada de Heracles al Jardín de las Hespérides.

Quizá del mismo momento en el que surge el undécimo trabajo heráclеo, es la leyenda de los Argonautas; según algunos autores es, incluso, anterior a Homero (GARCÍA GUAL, 1975, 13) y ha sido transmitida fundamentalmente por Apolonio de Rodas; posiblemente existe en ella el recuerdo de alguna expedición de aventureros griegos, tal vez con algún eco histórico, a las tierras nórdicas del oro y del ámbar (Norte del Mar Negro y del Adriático) (GARCÍA GUAL, 1975, 14; RAMIN, 1979, 95-96), aunque también ha sido interpretado como ilustración del desarrollo de la navegación griega y su lucha por el dominio del Mar Negro (CIVITA, 1974, 482). Quizá la interpretación más completa del surgimiento del mito la proporciona R. DION (1977, 57-58), al cual nos remitimos. Además de la interpretación económica, este mito se ha explicado como

la búsqueda del reino de la muerte por el héroe (HATHORN, 19,77, 297). Sobre el reflejo iconográfico del mito y otras variantes, puede verse HENLE (1973, 103).

Vemos pues que, geográficamente, muy bien pudieran coincidir, por lo dicho antes, la tierra del Vellocino de oro, esto es, la Cólquide, con el país de los Hiperbóreos (al menos en sentido lato), ya que también durante un largo período, la zona de la Cólquide forma parte de los confines septentrionales del mundo conocido, lugar que ocupaban los Hiperbóreos, que expresaría precisamente la idea del Extremo Norte y sería aplicado a todos los pueblos más alejados al Norte, Noroeste o Nordeste (DION, 1977, 263) y que serían, según la visión de RAMIN (1979, 59, 88), los productores del ámbar, de modo genérico, como medio de expresar el carácter remoto de los mismos.

Lo que parece claro es que las zonas ignotas y remotas, «extremas», son consideradas como lugares donde abundan las riquezas, trasunto de las cuales puede ser el Vellocino de oro, que se basaría, según Estrabón (XI, 2, 19), en el hecho de que los ríos de la región arrastraban oro, que era obtenido mediante cubetas perforadas y pieles de largas lanas. Esta explicación, según LASSERRE (1975, 56), también aparece en Apiano (Bell. Mithr. 4, 79) y remontaría, al menos, a Teófanes, autor de la primera mitad del siglo I a. C. La Cólquide, según el poema de Apolodoro, se halla junto al «Fasis, de amplia corriente en los confines extremos del Ponto», y junto al «Cáucaso escarpado» (GARCÍA CUAL, 1975, 131). En el libro XI de Estrabón, y especialmente en el capítulo tercero, se habla de la Iberia del Cáucaso, que se halla justamente al Este de la Cólquide y comunicada con ella por una serie de caminos. Son dos regiones, pues, limítrofes. Pero además, también hay una tradición, que recoge el propio Estrabón (XI, 4, 8), según la cual Jasón, desde la Cólquide, marcha al mar Caspio, visitando Iberia y Albania que eran limítrofes entre sí. Esto nos puede estar indicando la facilidad de comunicación entre Iberia y el Ponto, la proximidad al mar de los iberos e, incluso, una cierta afinidad entre la Cólquide y la Iberia.

Pasemos ahora a otro nivel, alejado del mítico, y que también nos será útil para nuestra hipótesis. Si seguimos a J. BOARDMAN en el apartado de su obra «Los griegos en ultramar», dedicado a las colonias griegas en el Ponto veremos que, aunque parece que, a pesar de las opiniones de algunos autores, no puede hablarse de colonización griega allí en el siglo VIII, aunque «la historia del viaje de los Argonautas implica algún conocimiento de esas regiones» y a fines del siglo VIII ya existían algunas noticias sobre el Mar Negro; además tampoco hay que poner en duda que hacia el 700 a. C., «marinos y mercaderes de la Grecia Oriental hubieran hecho viajes ocasionales al interior del Mar Negro durante esta época» (1975, 238). Son los milesios quienes llevan el gran peso de la colonización del Ponto. En la costa sur, y cerca del Cáucaso, fundan Sinope y Trapezunte, según las fuentes, a mediados del siglo VIII; pero según la Arqueología, en Sinope no hay nada anterior al 600 (BOARDMAN, 1975, 240-241). Otra colonia importante es Fasis, en la desembocadura del río del mismo nombre y «que daba acceso inmediato a la riqueza minera y agrícola del Cáucaso» (BOARDMAN, 1975, 241); en Fasis había oro (BOARDMAN, 1975, 243). Esta colonia milesia ha proporcionado como testimonios griegos más antiguos, monedas de principios del siglo V, «pero la costa pudo haber sido visitada y colonizada en la segunda mitad del siglo VI)» (BOARDMAN, 1975, 255), aunque antes de su fundación posiblemente ya hubiera despertado interés la zona, desde las colonias milesias más próximas, Sinope y Trapezunte primero y, posteriormente, también Amiso. La fundación de la segunda de ellas estaría en función del comercio con el Cáucaso y con el área antiguamente ocupara por Urartu (BOARDMAN, 1975, 256). Sin duda alguna, antes del asentamiento colonial hay un período de contactos, más o menos esporádicos, que permiten un conocimiento de la tierra y de sus habitantes y, sobre todo, de sus riquezas.

Lo que pretendo decir con todo esto constituye una hipótesis, que intenta aproximarse a lo que creo que fue la realidad: el conocimiento, por parte de los griegos, de las

regiones más septentrionales a las que podían llegar por mar, esto es, el Ponto Euxino y sus regiones limitrofes, debe ser bastante antiguo, a juzgar por la existencia de una serie de mitos y leyendas antiguas, que pueden ser ecos de este conocimiento. Estas leyendas, la de Heracles y la de los Argonautas, inciden en el hecho de que en las mismas abunda el oro y, en general, las riquezas, además de otros factores que, como ya se indicó anteriormente, y según GALINSKY (1972, 114-115), permiten establecer un cierto paralelismo entre ambas. De la misma manera, estos territorios constituyen, durante largo tiempo, el «fin del mundo», conocido para los griegos, donde sitúan algunos de sus mitos. El conocimiento, en época «precolonial», de la región que aquí en concreto nos interesa, el Cáucaso, parece desprenderse también de ambas leyendas mencionadas. El Cáucaso es rico en oro, prueba de lo cual es la fundación por Mileto, en el siglo VI, de la colonia de Fasis y, anteriormente, de Trapezunte; y antes aún, la leyenda del Vellocino de oro viene a decirnos lo mismo. En el Cáucaso vive el pueblo de los iberos, entre los que abunda el oro. No sabemos si se llamaban ellos así o fue un nombre impuesto, pero ello aquí no importa. Cuando el Mediterráneo Occidental, concretamente la Península Ibérica y la costa Mogrebí son conocidas, se llega la convencimiento de que ese es el auténtico «fin del mundo» y además el *único accesible* (ya que, obviamente su desconocimiento de la extensión real de los continentes lo palian con la «invención» de un océano circundante), allí se sitúan muchos de los mitos corrientes en el mundo griego, entre ellos el del Jardín de las Hespérides. Pero además, hay que tener en cuenta que, en concreto, este mito encaja bien en el extremo occidente porque éste es también un lugar *rico en oro ,* especialmente el Sur de la Península, como claramente dice Estrabón (III, 2, 8) y corroboran autores que han estudiado los aspectos económicos de la Península Ibérica en la Antigüedad (BLAZQUEZ, 1978, 21-42). Particularmente, creo más probable que el Jardín de las Hespérides se esté refiriendo al oro y no al ámbar; pero de todas formas, no puede dejar de reconocerse que el surgimiento de este mito, como de muchos otros, se debe a factores económicos y que su definitiva ubicación en la Península Ibérica no es casual (RAMIN, 1979, 139). No veo como algo extraño que los primeros griegos que llegan a la Península, cuyo representante principal, porque es el único conocido, es Colaios de Samos, que lo haría entre el 650 y el 630 a. C. (GARCÍA Y BELLIDO, 1948, 122) y que comprobaron esta riqueza en oro y habían oído hablar de la ubicación por aquellos parajes de las Columnas de Heracles, del Jardín de las Hespérides, etc. (es decir, del «fin del mundo»), y jonios, en el caso de Colaios y posiblemente también en el de otros eventuales visitantes, conocerían la reputación aurífera de la Iberia caucasiana, que también caería hacia el «fin del mundo» (en este caso septentrional), y teniendo en cuenta todo este trasfondo y con plena intencionalidad, como recuerdo de la riqueza de la Iberia conocida (esto es, la póntica), deciden dar a este nuevo territorio el nombre de Iberia (tal vez junto con el de Tartessos o tal vez como algo independiente. Vid. infra.). Para ello, hay que suponer que o bien el viaje de Colaios no fue algo aislado, sino que se vio precedido por alguna o algunas navegaciones griegas hacia el extremo occidente, bien desde las metrópolis griegas, bien desde sus colonias suritálicas, hecho que hoy día parece volver a revalorizarse (OLMOS-GARRIDO, 1982, 256-259), en parte para el siglo VII, pero en mayor medida para el siglo VI, o bien que los navegantes fenicios, cuyas relaciones con los griegos no eran cordiales, sino más bien hostiles en el siglo VII (HARDEN, 1980, 152), pero que según la opinión actualmente admitida traen, precisamente en esta época, una relativamente abundante cantidad de productos griegos (LÓPEZ MONTEAGUDO, 1978, 3-4) a sus establecimientos del Sur Peninsular, informarían a los griegos de tales detalles y de la riqueza de todo tipo del extremo occidente (especialmente del no controlado por ellos), lo que hace que estos conceptos míticos helénicos, aun antes de la presencia efectiva griega en esas tierras, ya hayan sido asignados a esas zonas que, por informaciones directas o indirectas (se acepte uno u otro medio) ya eran conocidas.

Incluso tenemos el argumento, tantas veces denostado, de los nombres de lugar con terminación en -oussa (GARCÍA Y BELLIDO, 1948, 66-78), de cuya existencia no cabe dudar, sea cual sea su correcto significado, pero que puede estar indicando el conocimiento (quizá no exclusivamente griego, quizá también fenicio) de una ruta que nos lleva también hacia la zona de Huelva, opinión revalorizada por DION (1977, 26-27), que ve en las leyendas míticas de Ulises y Jasón otros claros indicios de una ruta que conducía al Extremo Occidente. Este creo que puede ser el ambiente previo que permite que, cuando los contactos con el Sur Peninsular se regularicen, se empiece a emplear el término de Iberia (en recuerdo, por su riqueza, de la Iberia póntica, ya conocida) con significación variable, como iremos viendo, y cuya primera referencia la encontramos en la Ora Marítima de Avieno, que tiene como base un periplo griego de, al menos, inicios del siglo VI o tal vez anterior. De lo que yo no creo que debe dudarse es de una presencia griega, todo lo esporádica que se quiera pero lo suficientemente importante como para que en las ciudades griegas (Grecia propia, Jonia y Magna Grecia) se haya creado un ambiente favorable a suponer una serie de riquezas. Los mitos, que van a servir para justificar apetencias político-económicas (DION, 1977, 15), se van a trasladar al Oeste y junto con los mitos se va a trasladar toda la «geografía mítica». No veo excesivamente difícil que, teniendo en cuenta los conocimientos geográficos de los navegantes griegos (y su profundo trasfondo mitológico), el Jardín de las Hespérides (ahora el extremo occidente, pero antes el extremo septentrión) pueda identificarse o, al menos, relacionarse, con el país del Vellocino de oro que, por qué no, también puede estar en Occidente (vid. la relación que establece DION, 1977, 24); junto a la Cólquide estaba la Iberia. Junto a esta nueva «Cólquide» (¿Tartessos?), ¿por qué no va a haber «iberos»? ¿Por qué, pues, no pensar que la zona de Huelva, próxima a o formando parte de Tartessos, no ha recibido el nombre de «Iberia» «a causa del oro», como nos dice Estrabón?

Como he intentado demostrar, no creo que la «homominia» sea fortuita, aunque tampoco creo que haya parentesco, entre ambos, de ningún tipo. Según Apiano (Bell. Mithr. 4, 66), unos creen que los iberos de Asia son los más antiguos; para otros, éstos proceden de los iberos de Europa y para otros, simplemente, tienen el mismo nombre. Pero, añade, lo importante es que ni sus costumbres, ni su lengua son similares. Así pues, lo único que nos queda rastreable en las fuentes es el pasaje de Estrabón que hemos mencionado (XI, 2, 19) según el cual unos reciben el nombre de los otros *a causa de las minas de oro* que hay en ambas regiones. También hay aquí sus problemas, pues según algunos filólogos, puede interpretarse que los asiáticos reciben su nombre de los occidentales (también los hay que opinan lo contrario), aunque como he tratado de demostrar, el proceso es exactamente el inverso.

III

Una vez que he expuesto mi opinión acerca del origen del término de Iberia, quiero pasar a otro problema. ¿Qué significa Iberia para los autores griegos, quiénes son los iberos para los mismos, y qué debe entenderse hoy día por iberos? Acerca del último punto, diré que es mi opinión que *no puede hablarse en propiedad de un pueblo ibérico referido a la costa mediterránea de la Península Ibérica, porque este término no fue conocido por los autores clásicos, con este sentido.* Esto plantea numerosos problemas. Se ha dicho que el término Iberia designó primero a una pequeña zona en torno al río Iber, que luego designó la costa mediterránea, incluyendo en muchas ocasiones a Tartessos y que luego Iberia pasó a designar la totalidad de la Península. Esta visión, que ya está presente en Estrabón (III, 4, 19), crea, sin duda, un gran confusionismo, y los diversos autores contemporáneos que han tratado el tema lo explican de forma muy diversa, aunque todos ellos, a pesar de ser conscientes de lo mismo, hablan de un «pueblo ibéri-

co», cuando creo que los antiguos no tenían conciencia de la existencia de éste, debiéndose el error a una mala interpretación de las fuentes.

En principio, un ibero es un habitante de Iberia. Pero con relación a ésta, el desconocimiento de la realidad geográfica peninsular y, lo que es más grave, el desconocimiento del ámbito estricto de aplicación de los diversos nombres, ha contribuido a crear este confusionismo. Veamos, por ejemplo, el supuestamente primer testimonio de las costas peninsulares, esto es, la Ora Marítima de Avieno que, a pesar de algunos intentos de adaptarla al litoral del Sudeste Español (SUREDA, 1979, donde reúne todas sus opiniones y puntos de vista, defendidos en una amplia serie de trabajos anteriores) empieza a describir, ya con cierto detalle, la costa desde el Cabo Cinético (v. 201), que es el extremo occidental de Europa, según el poema (vv. 202-203), y los cynesios o cynetes, según Herodoto, los habitantes más occidentales de Europa (II, 33 y IV, 49). Lo interesante es que en este Periplo, en los versos 248 a 255, se habla de un río «Hiberus», que puede ser el Tinto o el Odiel (sería el Ebrón, según la interpretación de N. SUREDA (1979, 266-270), quien recoge también el estado de la cuestión sobre este aspecto). Hace ya varios años, C. PEMAN aventuró una hipótesis según la cual Hiberia sería una interpolación erudita, debiendo leerse «Erebea», río «Erebi», etc. (1946, 43), siguiendo a Schulten. Este texto se refería a una «palus Etrephaea», «Erebea», según Schulten. Yo me inclino a relacionar el nombre no con el «Erebo», sino con el verbo τρέφω, uno de cuyos significados es endurecer, espesar un líquido, lo cual, por otra parte, encajaría perfectamente con su carácter de «palus», de zona pantanosa. De ser así, pues, esta teoría de Pemán quedaría invalidada, si no supiéramos por otras fuentes, a las que aludiremos, que la información de la Ora Marítima es básicamente correcta.

Es importante ver cómo a Occidente de dicho río Hiberus nos encontramos la Hiberia propiamente dicha, mientras que a Oriente nos encontramos con Tartessios y Cubícenos. Por otra parte, se nos mencionan unos ileates que (vv. 298-300) vivirían en el valle superior del Tartessos, y que han sido identificados por diversos autores como SCHULTEN (1955, 117) o GARCÍA Y BELLIDO (1968, 161) como los igletes de Estrabón, siguiendo a Asclepiades (III, 4, 19), y con los igletes de Teopompo, en Esteban de Bizancio; también aparecen en el fragmento 20 de Herodoro de Heraclea. Para ver hasta qué punto es grande la confusión, voy a plantear el siguiente ejemplo: si los ileates están en las fuentes del Tartessos (vv. 298-300), están en territorio tartésico porque están al Este del Hiberus-Tinto; luego entonces no pueden ser «iberos» «sensu strictu». Según Asclepiades (Str. III, 4, 19), Iberia era la «parte de acá» del Hiberus, que para Estrabón es la parte Este del Ebro, según la creencia antigua de que el Ebro corría de Norte a Sur (Str. III, 4, 10); si tenemos un río Hiberus (sea el que sea), al Oeste del mismo está Iberia; luego los que están al Este no son iberos; los igletes, y los ileates, en ambas ocasiones, que creo procedentes de la misma fuente, viven de hecho al Este del Hiberus; ¿cómo compaginar esto? Sencillamente, teniendo en cuenta que Estrabón malinterpreta la noticia correcta de Asclepiades y confunde el Tinto con el Ebro, aplicando los conocimientos de su propio momento, y suponiendo que los que para él son iberos, habían tenido otro nombre antes. Las confusiones de este tipo entre los autores clásicos son frecuentes. El texto del pseudo-Escimno (196), viene a reflejar, con relación a los iberos, una situación parecida a la que nos transmite la Ora Marítima, si se tiene en cuenta que primero parece describir a los pueblos al Oeste de los libiofenicios para, posteriormente, hablar de los pueblos establecidos al Norte de estos mismos libiofenicios. Pero, no obstante, creo que la clave del asunto está en Herodoro de Heraclea que según Constantino Porfiriogeneta, en el décimo libro de las leyendas en torno a Heracles, diría que esta *nación ibérica,* aunque son un solo pueblo, se llaman de modo distinto ya que están divididos en tribus y viven en la costa del Estrecho. Habla de cynetes, al Norte de los cuales están los igletes; tartesios, elbisinos, mastienos y kelkianos (tal vez cilbicenos), hasta llegar al Estrecho. Es decir, que para Herodoro, que escribe en la segunda mitad del siglo

V a. C., todos estos pueblos son iberos. Otros autores, como el autor del periplo que sirve de base a Aviene y la noticia que, tomada de Asclepiades, reproduce Estrabón, sin duda por la mezcla de nombres y la mala transmisión de los mismos, confunden nombres genéricos, como puede ser el de «íberos» con el de las distintas «tribus» que componen los mismos.

Lo que parece claro es que la primera zona que recibe el nombre de Iberia es la parte meridional de la Península. Cabe dentro de lo posible también que, en un primer momento, el término de Iberia y el término Tartessos, indicasen territorios distintos, como puede verse por el Periplo, que es anterior al testimonio de Herodoro, y también en base al testimonio de Herodoto de Halicarnaso, que dice (IV, 152), que Colaios llega a Tartessos, y también (I, 163) dice que los focenses fueron los primeros que descubrieron Tartessos e Iberia navegando en pentekonteras. Posiblemente en un primer momento se distingan ambos territorios, aunque posteriormente se llega al conocimiento de que todas estas regiones quedan englobadas en un conjunto más amplio, que recibe el nombre de Iberia, por extensión y que, aunque anteriormente llamado Ophiussa, al parecer (Ora Marítima, v. 148), no abarcaría toda la Península, por la sencilla razón de que aún se desconocería al carácter peninsular de la misma, el cual, dicho sea de paso, no parece quedar en absoluto claro, tal vez por su propia oscuridad, en la Ora Marítima. Un geógrafo como Mecateo de Mileto, que florece al inicio del siglo V, y que probablemente llegase a visitar incluso Massalía (PEDECH, 1976, 44), se habría informado de los últimos conocimientos allí adquiridos; y, sin embargo, no conoce el carácter peninsular de la Península Ibérica (PEDECH, 1976, 45), por lo que cabe concluir que los griegos de principios del siglo V, no conocían aún este detalle. Según la presencia griega se va acentuando en al Península Ibérica, lo que parece cierto es que toda la costa mediterránea, y parte de la atlántica, y su «hinterland», se denominan «Iberia», y sus habitantes, iberos. Creo muy acertada, en este aspecto, la interpretación que ofrece GARCÍA Y BELLIDO (1967, 212-213), acerca de la extensión del nombre de Iberia, así como la referida al nombre del río Iber-Ebro, por lo que no insistiré en ello; también A. SCHULTEN (1959, 19-25) trató en alguna ocasión del tema y, recientemente, aunque de forma más breve, BLANCO (1980, 43-44).

Es en este contexto en el que creo que hay que decir algo acerca de la Celtiberia. Este término parece ser una invención griega, a imagen de otros semejantes, como celtoescitas, celtoligures y otros parecidos. A Diodoro debemos la versión que ha tenido un gran éxito, según la cual, iberos y celtas, después de haber luchado entre sí, se establecen juntos y se casan entre sí (V, 33). Yo creo, por una serie de motivos que ya defendí en otro lugar (DOMÍNGUEZ, 1982), que Celtiberia está indicando la existencia de una tierra de Celtas en Iberia. En este sentido, esto vendría a corroborar el hecho de que Iberia va designando, paulatinamente, todo lo que se conoce al Sur de los Pirineos (como parece desprenderse de Diodoro [V, 35]), que separan a la Galia de Iberia y Celtiberia, siendo ambos términos aquí el todo y la parte, posiblemente considerada la más importante de Iberia. No obstante, el término de celtíberos es genérico y engloba, dentro de él, a una serie de pueblos concretos. Todo ello, pues, ayudaría a explicarlo, a menos que prefiramos considerar que «Iberia», en este caso, se refiere exclusivamente a la zona regada por el Iber-Ebro, en cuyo caso, Celtíberos, en un primer momento serían los Celtas que viven en torno a, y cerca de, esta importante corriente fluvial.

El nombre de Iberia también se extiende más allá de los Pirineos como el ya mencionado texto de Estrabón nos dice (III, 4, 19), o como nos informa Plinio, tomándolo de Esquilo (NH, XXXVIII, 32) o, incluso, como parece deducirse de los versos 611-614 de la Ora Marítima. Iberia, en este sentido, debe estar significando país de los Iberos, entendidos no en sentido étnico, sino cultural, entre los pueblos costeros mediterráneos más próximos a los Pirineos, y a ambos lados de la cordillera. Este es el sentido que creo hay que dar a los versos 611-614 de la Ora Marítima, cuando dice que el río Oranus (po-

siblemente, el Lez) marca el límite de la «Hibera tellus», a pesar de la opinión de CARO BAROJA (1976, 133); hecho extraño por otra parte ya que, como hemos visto, los iberos eran los habitantes de una pequeña extensión de tierra, más allá del Estrecho; esto puede indicarnos que, ya en el siglo VI, la costa mediterránea era llamada Iberia, a menos que estos versos estén interpolados posteriormente.

En el extremo atlántico de los Pirineos tenemos un problema similar. César (B. G., I, 1) dice que los aquitanos son diferentes de celtas (galos) y belgas. SCHULTEN (1940, 20) dice, en base a esto, que los aquitanos eran iberos y aporta, como prueba, los testimonios de Estrabón (IV, 1, 1 y IV, 2, 1). Esto, creo que viene también a demostrar la identidad entre los habitantes de ambos lados del Pirineo Occidental que, sin embargo, son muy diferentes, culturalmente hablando, a los del Pirineo Oriental. En aquella zona se hallaban establecidos los vascones, y el proceso ya iniciado en época de César, de expansión de los mismos, cristalizará durante los siglos VI y VII de nuestra era, puesto que en esta época tenemos noticia de una «Guasconia» o «Vasconum patria» (Gascuña), nombre que acabará sustituyendo al de Aquitania (BARBERO, VIGIL, 1974, 56).

IV

Pasemos ahora a otra cuestión, cual es la extensión del nombre a toda la Península. Iberia indica, en un momento determinado, a toda ella, porque este término va pasando a designar, según va avanzando su conocimiento, a todo el territorio al interior de la zona costera ya conocida por Iberia. No creo que quepa hablar, como hace GARCÍA Y BELLIDO (1967, 209), de criterio geográfico y de criterio étnico, puesto que el único que existía era el geográfico, ya que cada uno de los pueblos que hoy comúnmente se llaman «ibéricos» tenía su propio nombre «étnico». E l nombre de Iberia, en efecto, es un nombre geográfico aplicado, como hemos visto, a la región meridional de la Península que, como señala GARCÍA BELLIDO (1967, 212) fue la primera y mejor conocida por púnicos y griegos; de aquí se extendería a toda la zona costera del Mediterráneo (1967, 213). No creo que sea correcta la afirmación del mismo (1967, 213) de un pueblo ibero y un río Iber en Huelva, y otro pueblo y río homónimos en el Noroeste, sino que puede explicarse por extensión, sin solución de continuidad, por toda la costa y el interior, hasta entonces prácticamente desconocidos. Lo que ocurre es que lo que antes fue siendo conocido, lógicamente, fue el litoral mediterráneo. Pero cuando se conozca el litoral atlántico (Occidental y Septentrional), también se le aplicará el nombre de Iberia. No creo que pueda hablarse de argumentos «étnicos» cuando el nombre que surge para la zona sur peninsular se extiende, por antonomasia, primero a todo el litoral mediterráneo, y luego a toda la Península, englobando a todos los pueblos que en ella habitan, pero sin que haya que ver por parte de los griegos el reconocimiento de ningún pueblo único (ni siquiera en la costa). Habría mucho que hablar acerca de la «homogeneidad» de la cultura ibérica, que no creo que sea tan evidente, al menos según puede verse a partir de sus restos materiales, en los que pueden detectarse influencias diversas. Sin embargo, también es innegable que existen muchos rasgos comunes en los pueblos «ibéricos», lo cual creo que se debe a que han recibido los mismos estímulos, presumiblemente exteriores, que han permitido que los indígenas respondan de forma parecida, pero no igual; lo que nos está indicando (además de la posible diferencia, cualitativa y cuantitativa, de dichos estímulos según las zonas), una diferencia de sustratos. Estas diferencias creo que pueden permitirnos afirmar que no nos hallamos ante un único «pueblo ibérico»; esta unidad aparente que se observa en determinado momento (tardío) de su evolución histórica, es resultado de sus mutuas relaciones y de éstas con los pueblos colonizadores, más que de una evolución uniforme en todas las regiones «ibéricas»; evolu-

ción que es impensable en este sentido, porque no pueden medirse por el mismo rasero unas tierras que han visto el desarrollo de culturas como las del Argar, o el Bronce Valenciano, con otras donde, a lo sumo, han llegado influencias marginales de esas culturas que sólo en un momento más tardío reciben aportaciones culturales (y puede también que étnicas) de procedencia indoeuropea. No creo, por consiguiente, que para los antiguos estuviese del todo clara la homogeneidad de los pueblos costeros; hoy día hay quien apunta, incluso, la posibilidad de diferencias étnicas (PRESEDO, 1980, 163) o diferencias de nivel socio-económico (TARRADELL, 1975, 16-17); esta diferenciación es también observada por ARRIBAS (1976, 78), que señala que sólo son dos los criterios que nos pueden permitir hablar con propiedad de «pueblos ibéricos», la raíz clásica de su arte y la homogeneidad del alfabeto y la lengua (1976, 29). Acerca de la primera, creo que pueden caber muchas matizaciones, puesto que ni el influjo clásico es sincrónico en toda el área mediterránea, ni las respuestas al mismo son similares, ni la intensidad y la «calidad» del mismo pueden dejarse de lado. Acerca de lo segundo, el propio ARRIBAS reconoce que hay que distinguir entre los pueblos meridionales, que poseen su propio alfabeto. Pero es que tampoco puede hablarse de homogeneidad en el alfabeto, cuando se sabe que en la zona Sudeste de la Península existe un alfabeto claramente griego. Por lo que se refiere a la lengua será el día que sea plenamente descifrada, cuando pueda hablarse de una lengua homogénea o no. Hasta entonces, creo que no estaría de más admitir, al menos «a priori», una serie de variantes regionales, que pueden llegar a ser algo más que simples variantes. Pero lo realmente importante es que, como dice TARRADELL (1975, 9) debe investigarse el concepto de iberismo considerándolo un hecho de civilización. Pienso que la confusión o mala interpretación de lo que dicen las fuentes, problema importante en el estudio de esta nuestra primera etapa histórica, se debe al lastre que arrastran estos estudios en nuestro país, desde el momento en el que se aceptó un origen migratorio africano, lo que implicaba la existencia de una «raza». Así, BOSCH GIMPERA podía decir que la denominación de Iberia aplicada a la Península es una generalización que no corresponde a «iberos» en toda ella, que eran los pueblos costeros, semejantes entre sí y distintos a la población del interior; al final, el nombre de Iberia se aplica «abusivamente» a toda la Península (BOSCH, 1948, 5-6). Ya en un compromiso entre los planteamientos étnicos y geográficos, puede verse cómo GARCÍA Y BELLIDO acepta que «iberi» pueda ser igual a «hispani»; pero tomando el concepto de ibero en sentido racial, se opone al concepto de celta. El término ibero, aunque no es científico, sí está, al menos, consagrado (GARCÍA Y BELLIDO, 1953, 49). La idea de una invasión es finalmente rechazada, pero sigue perdurando una serie de prejuicios, que siguen viendo una raza que los «perspicaces» griegos «supieron adivinar por encima de las divisiones tribales y de los particularismos», a pesar de que es, precisamente, la influencia de estos mismos griegos la que va a dar lugar a la formación de esta cultura, aunque no sólo serán los griegos, sino que también habrá influencias púnicas e indoeuropeas, localizadas en distintos lugares y con distinta intensidad (MALUQUER DE MOTES, 1954, 306-307). ¿Y aún así puede hablarse de homogeneidad? Y si el proceso de iberización se acentúa en una parte importante del territorio «ibérico» en los dos siglos antes del cambio de era (MALUQUER DE MOTES, 1954, 316), es evidente que no puede hablarse de una unidad, ni tan siquiera cultural, anterior. FLETCHER VALLS publicó un trabajo que sirviera de «estado de la cuestión», en el que seguía manteniéndose la identificación de un pueblo ibero, el origen de cuyo nombre se explica fundamentalmente en base al vascuence, y que se identifica con los sicanos (1960, 199-220), problema este en el que no hemos entrado para no complicar aún más la cuestión. El mismo punto de vista, aunque con matizaciones y actualizaciones, ha sido defendido por A. BELTRAN (1978, 29-31). Los investigadores extranjeros que han tratado modernamente el tema ibérico, no hacen prácticamente alusión a estas cuestiones (NICOLINI, 1973, 7-17). En las últimas aportaciones al estudio del mundo ibérico,

aunque dando prioridad al tratamiento de la cultura, no deja de hablarse de pueblo ibérico (MALUQUER DE MOTES, 1978, 109). Creo que el camino acertado es seguir indagando en la cultura, como se ha hecho recientemente en el Simposio Internacional sobre los Orígenes del Mundo Ibérico, Barcelona-Ampurias, 1977, en la Mesa Redonda sobre la Baja Época de la Cultura Ibérica, Madrid, 1979, y en el Simposio Helenización y Época Republicana en Hispania Romana (s. III-I a. C.), Madrid, 1982. Las aproximaciones parciales a los distintos problemas que plantea esta cultura desde distintos presupuestos, son el único medio viable, hoy día, para llegar a comprender los aspectos formativos, influencias, relaciones, homogeneidad y diferenciación regionales, etc., de la «cultura ibérica»; pero equiparar «cultura ibérica» que, como hemos visto antes, tampoco es absolutamente homogénea, con un único «pueblo ibérico» que la desarrolla, como si este pueblo fuese algo perfectamente formado y estable cuando se inicia la formación de la cultura, no es válido. Hay que considerar las profundas diferencias que, de hecho, tuvo que haber (aun suponiendo, lo cual es dudoso, un mismo origen étnico) entre los habitantes de los puntos extremos de un zona que, aunque estuviese sólo comprendida entre Cartagena y los Pirineos, mide en torno a los 800 km; diferencias que se acentúan porque sabemos (o intuimos) que están sometidas a influencias muy distintas, de distinta intensidad, en épocas dispares, y puede (y en algunos casos no cabe duda) también a nuevas aportaciones étnicas. Es imposible hablar de cierta «homogeneidad» de todo el litoral mediterráneo español en el siglo VII o VI a. C., épocas en que la «cultura ibérica» se está formando, *pero que aún no está formada,* y que tardará bastante en hacerlo. Cuando los griegos se estén refiriendo a los «iberos» (lo que hacen, que se sepa, en el siglo VI en la zona de Huelva), no van a hablar de una «raza» o un «pueblo» claramente discernibles, como hemos dicho. Tampoco vale decir que van a mencionar un pueblo distinto de los «celtas» del interior (BOSCH, 1948, 6) primero porque puede que tampoco fuesen tan distintos y segundo, porque el término surge antes de que éstos sean conocidos claramente en la Península.

El término de Iberia, pues, irá adaptándose, según se vaya conociendo, a toda la Península, y de hecho su utilización será geográfica, y no étnica (ARRIBAS, 1976, 27). No obstante, MONTENEGRO (1976, 154), aún aceptando este hecho, mantiene que hubo de existir una base étnica concreta.

¿Cuándo se llegaría al conocimiento de la peninsularidad de la Península Ibérica, y la adopción del término Iberia para englobarla a toda ella? Según GARCÍA Y BELLIDO (1968, 97), el que Iberia fuese una península era ya claro para los griegos en el siglo VI, aunque este dato cae después en el olvido por el cierre del Estrecho de Gibraltar por parte de los cartagineses, posiblemente a causa del tratado romano-cartaginés del 509 a. C. (GARCÍA Y BELLIDO, 1968, 251; SCHULTEN, 1945, 132); creo, sin embargo, que los griegos desconocen este hecho, por cuanto que Hecateo, más o menos contemporáneo de este tratado, y habiendo estado en Massalía, no conoce la peninsularidad de Iberia, como ya se vio anteriormente. Si a esto añadimos que, según Mª J. PENA (1977, 527), este tratado no cerraba a nadie la navegación a Occidente ni se refería para nada a la costa ibérica, no podemos decir que el supuesto conocimiento del carácter peninsular de la Península Ibérica se pierde, sino que habrá que reconocer que no se tiene noticia de él hasta un momento determinado, pero posterior. Cuándo se produce este conocimiento parece hoy día bastante claro; es Piteas el que ofrece al mundo griego esta primicia, aunque puede que su viaje tuviese algún precedente, y no excesivamente anterior, como suponía GARCÍA Y BELLIDO (1948, 124-125) cuando habla del Midacritus (o Meidokritos) que menciona Plinio en VII, 197, como el primero que trajo plomo de la isla Cassiteride. Es una noticia sin precisión cronológica alguna, pero que quizá tampoco haya que remontar al siglo VII, en que, por lo que sabemos, no son muchos los griegos que se aventuran más allá del Cabo de San Vicente, y menos aún en el siglo X a. C., época en que REINACH situaba a su Mydas Phryx, que era como él interpre-

taba este nombre (1913, 329, 332). Podría ser simplemente un viaje no muy anterior, con los mismos objetivos que el de Piteas, aunque quizás sin el éxito, en el aspecto geográfico, del mismo.

No puedo detenerme en analizar las motivaciones de Piteas, pero creo que pueden relacionarse con los problemas de Massalía en los siglos V y IV (LEVEQUE, 1968, 351-352), con el tratado del 348, con las direcciones comerciales massaliotas (PHILLIPS, 1981, 259; RAMIN, 1965, 82-89; VILLARD, 1960, 125-128, 157; WELLS, 1980, 65-70; TRUMP, 1981, 291) y tal vez, con la política de Alejandro Magno (DION, 1977, 186-189). Lo interesante para nuestro propósito es el hecho de que se reconozca la peninsularidad de Iberia (GARCÍA Y BELLIDO, 1968, 97).

La incredulidad de Polibio frente a Piteas, permite que puedan explicarse muchas de sus afirmaciones. Se ha empleado muchas veces uno de sus pasajes (III, 37), para tratar de demostrar que en su época, el término de Iberia sólo indicaba la franja costera peninsular desde Sagunto hasta el Estrecho de Gibraltar (SUREDA, 1979, 154). En el texto en cuestión, vemos algo extraño: ¿cómo el nombre de Iberia, que en un principio no parece caber duda de que designa a una zona entre las Columnas de Heracles y el Cabo de San Vicente, y desde donde se extiende a la totalidad del litoral mediterráneo, no va a designar en época de Polibio nada más que hasta la zona de las Columnas? Esto puede explicarse, al menos, de dos maneras. O bien aceptamos la localización en el siglo VI y V a. C. de las Columnas de Heracles y Tartessos en el Sudeste peninsular, términos que luego irán desplazándose hacia Occidente, según la teoría de N. SUREDA (1979, passim y esp. 251) o bien, y creo, por el momento, más factible, consideramos que Polibio, intencionadamente, no ha tenido en cuenta los últimos avances geográficos, debidos a los viajes de Piteas, y aprovechados, fundamentalmente, por Eratóstenes. Decir que las zonas de la Península (puesto que creo que queda clara para Polibio la configuración peninsular) bañadas por el Mar Exterior no tienen nombre general porque han sido conocidas recientemente es, ciertamente, una falacia. Y aquí entra nuevamente la confusión terminológica actual. Según GARCÍA Y BELLIDO (1967, 208-209), Polibio trata de evitar la confusión entre criterios étnicos y geográficos. Bien es cierto que el desconocimiento de los pueblos atlánticos de Iberia era defectuoso en autores como Eratóstenes, como señala Estrabón (II, 4, 4); también queda claro que Eratóstenes consideraba a Iberia como la totalidad de la Península (Str. II, 4, 4), especialmente claro en Str. II, 4, 8. Por consiguiente, la postura de Polibio, que no da el nombre de Iberia a toda la Península, que ya venía siendo conocida como tal, puede deberse a alguna circunstancia de tipo político, como puede ser reservar el mérito del «descubrimiento» de la misma a sus «patronos» romanos. No obstante, creo que el propio Polibio se contradice, al menos, en una ocasión, según se desprende del análisis de XXXV, 2, combinado con Apiano, Iber. 50, y también Polibio XXV, 3. Puede verse un caso parecido, aunque transmitido por Livio (per. 48), que extiende un nombre geográfico a una zona recientemente conocida. No creo que pueda hablarse de confusión como señalaba GARCÍA Y BELLIDO, por cuanto que el término de «iberos» está indicando, en todo momento, a los habitantes de Iberia; según el concepto de Iberia vaya englobando más tierras, el término de iberos irá abarcando más pueblos. (Cf. interpretación errónea de SCHULTEN (1925, 79) a Eratóstenes (en Str. III, 2, 11). Como prueba de que estas interpretaciones distintas de las propias fuentes antiguas no se refieren exclusivamente a Iberia, pueden citarse las distintas concepciones geográficas que para la Galia existían, principalmente en César (B. G. I, 1) y, sobre todo, por su interés, en Diodoro (V, 32, 1), en cuyos detalles no entramos.

Un argumento más a nuestro favor lo constituyen las noticias que sobre mercenarios «iberos» al servicio de Cartago, primero, y de griegos, después nos transmiten las fuentes, y que han dado pie a autores como GARCÍA Y BELLIDO (1948, 229 ss) y BOSCH GIMPERA (1966, 141-148) para elaborar una serie de estudios acerca de la

presencia de estos mercenarios en determinadas acciones, en base a-las citas de los autores antiguos, y su interpretación. Estos mercenarios, que fundamentalmente están al servicio de los cartagineses desde el siglo VI a. C., hasta fines del III, recorren Sicilia, Grecia, Italia y el Norte de África, y habrían contribuido de modo notable a la «helenización» del arte ibérico (GARCÍA Y BELLIDO, 1980, 10; MALUQUER DE MOTES, 1979, 28). Si bien es cierta esta participación, creo que hay que señalar dos momentos claramente definidos y que tienen como fecha delimitatoria el año 237, en el que Amílcar desembarca en Gadir, aunque hay un período previo que diversos autores sitúan entre el 264 a. C. y el 240, en que los cartagineses «perdieron» la Península (BLAZQUEZ, 1974, 87-88). No puedo argumentar «in extenso» acerca de este problema, pero diré que yo creo que más que de pérdida hay que hablar de un retraimiento temporal de las ciudades feno-púnicas del litoral meridional de la Península. Antes de Amílcar, los mercenarios ibéricos que mencionan las fuentes, sólo podrían ser obtenidos en zonas directamente bajo el control de Cartago; y sabemos que en 348 a. C., los límites de su área controlable se hallaban en la zona del Cabo de Palos; en los tratados posteriores, los del 306 y el 279 a. C., se confirma su área de influencia centrada en el Sur de la Península (BLAZQUEZ, 1980 b, 407). Creo que puede afirmarse que la zona que estuvo bajo el control de «cartagineses, tirios, uticenses y sus aliados», según reza el tratado del 348 a. C., no sobrepasa en ningún caso el Cabo de Palos, por más que hayan aparecido una serie de establecimientos indígenas con indudables influencias fenicio-púnicas, pero más debidas a una irradiación comercial (desde el Sur o desde Ibiza) que a un control político más o menos efectivo. Por consiguiente, las zonas sobre las que podían actuar preferentemente los contratadores de mercenarios serían las zonas semitizadas del litoral meridional ibérico y, también muy importante, el interior del país. Creo, pues, que estos iberos que sirven de mercenarios a los púnicos proceden mayoritariamente de la costa Sur de la Península y, a través de ella, de las zonas interiores, incluyendo posiblemente, lo que se conocerá posteriormente como lusitanos y celtíberos. Una prueba de ello, precisamente, la aporta GARCÍA Y BELLIDO (1948, 235-236) cuando menciona el broche de cinturón céltico del segundo cuarto del siglo IV hallado en Olimpia; según él, «corrobora la muy fundada sospecha de que estos celtas habían sido reclutados en España, junto con los iberos citados explícitamente». Yo creo, más bien que podría corroborar que, precisamente, eran éstos los «iberos» mayoritariamente reclutados. Sabemos también por Livio (XXXIV, 19) que, en época posterior, los turdetanos estaban en relaciones con celtíberos a los que contrataban como mercenarios.

La llegada de Amílcar marca una nueva época donde, como muchos autores han defendido (recientemente BLAZQUEZ, 1980 a., 443)» se va a instaurar un gobierno personalista por parte de éste y sus sucesores Asdrúbal y Aníbal. La fundación de Cartago Nova por Asdrúbal, vista en relación con el tratado del Ebro del 228 a. C., puede explicarse, además de por su emplazamiento estratégico, y su riqueza en minerales (BLAZQUEZ, 1980 a., 443) como el deseo de establecer una nueva capital, precisamente en el punto donde hasta entonces había estado el límite de las aspiraciones cartaginesas, que ahora se extendían hasta el Ebro; una forma de recordar, de marcar un hito de hasta dónde había llegado el territorio púnico y desde dónde se iniciaba el nuevo territorio obtenido por la nueva política de estos generales; y hay que tener en cuenta a este respecto cuánto importaba el prestigio a estos autócratas, no sólo ante los indígenas, sino también y, sobre todo, ante el Senado de Cartago con el que seguían relacionándose (BLAZQUEZ, 1977, 36) y al que, es mi opinión, trataban de impresionar del modo que fuese con muestras de poder, así como a los posibles rivales y competidores (romanos y griegos). Pues bien, desde la llegada de Amílcar, y con sus sucesores, además de lo mencionado, la penetración hacia el interior peninsular es mucho mayor, y la razón básica debe ser casi siempre (aunque no siempre) la búsqueda de mercenarios «iberos» que

ahora también serán conseguidos en la costa levantina hasta el Ebro, que es su nueva área de influencia.

V

Acerca de este período de conquistas empezamos a tener abundantes noticias, tanto de autores griegos como latinos y, como es sabido, los autores latinos emplean, para hablar de la Península, siempre el nombre de Hispania. Acerca de su origen y extensión ya trató GARCÍA Y BELLIDO (1967, 214-219); es sintomático, creo, con relación a lo que estamos tratando, que en los autores romanos no aparezca ninguna vez el término de «ibero» significando al individuo de un pueblo concreto y determinado. Como dice GARCÍA Y BELLIDO (1967, 214), la primera vez que el término «hispano» aparece, lo hace en Ennio, que escribe hacia el 200 a. C., y que pone en boca de algún personaje, sin duda un romano que habla por boca de algún indígena peninsular, la frase «Hispane, non romane, memoretis loqui me». Como evidentemente el suceso narrado debe corresponder a un momento anterior a aquel en que está escrito, y antes del 200 la zona bajo control romano coincide, «grosso modo» con lo que tradicionalmente se considera «territorio ibérico», es un dato importante el que los romanos, en todo tan influidos por los griegos, sabiendo, sin duda, que para ellos el concepto «ibero» no tiene valor étnico, sino geográfico, y que ibero equivale así a hispano, adoptan esta terminología.

La confusión a que hemos aludido, en base a los autores griegos, anteriores y posteriores, no aparecerá con los autores latinos. Para ellos, la Península se llamará Hispania; estará dividida largo tiempo en dos provincias, y dentro de ella habrá una serie de pueblos, todos los cuales serán «hispani» pero ninguno específicamente ibero. Además emplearán los términos de Celtiberia y Celtíberos (de origen griego) como una forma de llamar a unos individuos muy concretos, a los celtas de Iberia, esto es, Hispania.

Para los primeros momentos de la presencia romana en Hispania, nuestras dos fuentes principales son Tito Livio y Polibio, el uno latino y el otro griego; uno muy posterior a los hechos, el otro posterior, aunque menos, fie algunos hechos, y contemporáneo y testigo de otros.

Si repasamos brevemente algunos pasajes de la obra de Livio, basada fundamentalmente en la tradición analística anterior, contemporánea a los hechos narrados, veremos cómo emplea indefectiblemente el término «hispanus» para referirse a cualquier individuo o pueblo de Hispania; así, los mercenarios de Aníbal son «hispani» (XXI, 21), los ilergetas son un pueblo de Hispania (XXI, 22), así como los bargusios, ausetanos, y la Lacetania; los Pirineos unen las Galias a las Hispanias (XXI, 23); en XXII, 18, se describe el modo de luchar de unos hispanos en el ejército de Aníbal, que es el que llamamos de «guerrillas». Algunos autores, como SCHULTEN (1935, 62), dicen que esta es la forma de combatir de los íberos; sin embargo, es un modo de lucha que se practica sobre todo entre Lusitanos y Celtíberos que, como se sabe por Livio (XXI, 5, 7), formaban ya parte del ejército púnico. Es también de destacar que en textos que tratan de episodios similares, o parecidos, pero cuyos autores son latino y griego, lo que en el texto latino se nos da como «hispanus» en el griego se nos da como «ibero»; por ejemplo, Livio, XXVII, 19 y Polibio, X, 40. Siguiendo con estos datos, se nos dice que en el 212 a. C. (Livio, XXIV, 49) en Hispania sólo hay digno de mención que los celtíberos pasan a formar parte del ejército romano como mercenarios. Livio (XVIII, 1) nos habla de la situación en Hispania en 207 a. C.: el Océano y Gades bajo Asdrúbal, hijo de Giscon, la Hispania Oriental bajo Roma y la Celtiberia bajo Hannon y Magon. Indibil y Mandonio, ilergetas (XXVIII, 32) o lacetanos (XXVIII, 24) son hispani (XXVII, 33); para Tito Livio, los turdetanos son los menos belicosos de todos los hispanos (XXXIV, 17); en los años 186-185, los carpetanos, «hispani», son atacados por los romanos (XXXIX, 30); Graco ataca una ciudad celtíbera, haciendo prisioneros a varios hijos del rey Thurro, el

más poderoso de todos los hispanos (XL, 49); en el 200 a. C., Cornelio Cethego derrota a los sedetanos, muriendo 15.000 hispanos (XLIX, 7) etc.

Si pasamos a Polibio, comprobaremos lo que veníamos diciendo; Amílcar sometió a muchos pueblos «iberos» a Cartago (II, 1); Cartago Nova se halla en situación favorable para los intereses de Iberia y Libia (II, 13); en III, 17 es donde se habla de que Sagunto está al pie de una cordillera que une los extremos de Iberia y Celtiberia. Esto ha sido interpretado, como vimos antes por N. SUREDA (1979, 251) y otros, en el sentido de que Iberia para Polibio se extiende sólo desde Sagunto a las Columnas. Sin embargo, creo que τα πέρατα, que es lo que traduce «los extremos», también puede estar indicando «los lados opuestos». Si tenemos en cuenta la concepción que sobre la estructura de la Península se tenia en la Antigüedad, veremos que, efectivamente, esta cordillera, la Idubeda, acababa (o se iniciaba) en Sagunto y por el otro extremo, en su «lado opuesto», comenzaba inmediatamente la Celtiberia (Estrabón, III, 4, 12). En Polibio, III, 72, aparecen formando parte de la infantería de Aníbal, iberos, celtas y libios. Los segundos, deben ser galos; los terceros, africanos; en cuanto a los primeros, se sabe por Livio (vid. supra) que en el ejército púnico tenían gran importancia celtíberos y lusitanos. Hay otro texto de Polibio interesante. Describiendo los preparativos para Cannas (III, 113) nos habla de que celtas e iberos estaban alternados, distinguiéndose a los celtas desnudos y a los iberos cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura, a la costumbre de su país. SCHULTEN (1935, 74) comentando el fragmento, habla de que este traje de los iberos contrasta con el de lana negra de los celtíberos, y que los mercenarios, «sin duda», serían de la costa oriental en la que posteriormente florecería la industria del lino. Sin que pueda negarse rotundamente esta posibilidad, creo que debe tenerse en cuenta que, según Estrabón (III, 3, 6), los lusitanos llevaban corazas de lino. Dicho autor sólo menciona como otro lugar donde abunda el lino, la zona de Ampurias (III, 4, 9). Además nos dice también Estrabón que en Carteia hay múrices (πορφύρα) (III, 2, 7), que eran los que proporcionaban la púrpura. (Será Plinio quien mencione el lino de Saetabis [XIX, 9], Tarraco y de los Zoelas [XIX, 10]). Creo, pues, que ya que coinciden los datos, puede pensarse que estos «iberos» del ejército de Aníbal serían sobre todo lusitanos, que ya se ha dicho que forman parte de su ejército. En la batalla de Ilipa, Polibio (XI, 20) dice que romanos y cartagineses llevaban en sus ejércitos aliados iberos, y Livio (XXVIII, 14) refiriéndose a lo mismo, dice que en las alas de ambos ejércitos había hispanos, aunque precisa que algunos de ellos eran turdetanos. En Polibio, XI, 31, hay una arenga de Escipión en Cartagena (206 a. C.) previa al enfrentamiento con Indibil en la que se cita a iberos y cartagineses como aliados y, a continuación, a celtíberos y cartagineses. Puede estar indicando, en la concepción de Polibio, que se ha vencido a los cartagineses en otras ocasiones, a pesar de sus aliados iberos que eran, concretamente, celtíberos. (Vid. también algo parecido en Polibio, fr. 95).

Por lo que se refiere a otros autores que narran sucesos antiguos, como Diodoro, vemos que en una ocasión (XXV, 10) habla de que Amílcar lucha contra tartesios e iberos; creo que simplemente se trata del uso de alguna fuente antigua o que emplea una terminología desfasada, como ocurre también en Livio (XXIII, 26), refiriéndose a Asdrúbal. Diodoro, igualmente habla de los lusitanos, llamándolos iberos (XXXI, 42), y dice que Viriato, lusitano, sobrepasaba a todos los demás iberos (XXXIII, I). Con relación a Sertorio, algunas fuentes hablan de que se rodeó de iberos pero por otras (Apiano, be. I, 112; Floro, II, 10, 9), se sabe que sus seguidores fueron básicamente celtíberos y lusitanos. De la misma manera, cuando se narra la llegada de César a Hispania como pretor (61-60 a. C.), Apiano (b. c. II, 8) dice que marcha contra los pueblos ibéricos y hace tributaria de Roma a toda Iberia, lo cual es evidentemente exagerado. Más concreto es Plutarco, que dice (César, XII) que cuando llega a Iberia, marcha contra galaicos y lusitanos, a los que vence.

Sería tedioso seguir buscando más referencias entre los autores clásicos porque, al menos hasta el cambio de Era, los autores latinos emplean la terminología Hispania-hispani, y los griegos la de Iberia-iberes; no es cierto, pues, el aserto de Estrabón (III, 4, 19) de que los romanos emplean indiferentemente ambos términos, como ya observó GARCÍA Y BELLIDO (1968, 165), a menos que se refiriese a cierto uso de la palabra Iberia (más exactamente Hiberia), por «ciertos» romanos. (Vid. infra).

Realmente, no es al menos hasta la época de Plinio cuando el conocimiento de la Península Ibérica, de Hispania, es todo lo completo que se puede pedir, sobre todo en base a las fuentes que usa (GARCÍA Y BELLIDO, 1947, 99-103). Es el primer testimonio que poseemos en el que figura una completa y detallada nómina de las poblaciones existentes en el territorio de Hispania; y en ningún lugar nos encontramos con ningún pueblo «ibero» por lo que creo que no cabe duda de que este término debe ser aceptado definitivamente como una creación griega, para nombrar a los pueblos que vivían en Iberia, la cual abarcaría tanto las costas de la más occidental de las tres penínsulas mediterráneas (Str. II, 4, 8), como su interior. Y también queda claro que el término de celtíberos es igualmente genérico, pero más restringido, ya que sabemos, también por Plinio, que dentro de esos celtíberos se diferenciaban una serie de pueblos.

En el área considerada tradicionalmente ibérica, hay una serie de territorios, que reciben el nombre de Bastitania, Contestania (NH, III, 19), Edetania (NH, III, 20), los ilergaones (NH, III, 21), la Cossetania, los ilergetes, lacetanos e indigetes (III, 21); al pie del Pirineo y por el interior, ausetani y iacetani, que limitan, sin solución de continuidad, con los ceretani y vascones (NH, III, 22). Es decir, por ninguna parte el nombre de «iberos» que de haber reflejado algún pueblo, o conjunto de ellos, habría aparecido. Puede argumentárseme lo siguiente: Al ser Iberia un nombre griego, como iberos, los romanos, que emplean Hispania e hispanos, no lo habrían usado. Pero esto no ocurre, porque igualmente griego es el nombre, por ejemplo, de celtíberos, que los romanos siguen empleando. E igualmente griegos (o adaptados por los griegos de nombres indígenas) deben ser la mayoría de los términos geográficos empleados por los romanos que, sin embargo, continúan empleándolos. Por otra parte, los primeros testimonios escritos latinos acerca de Hispania, corresponden «grosso modo» en el espacio y en el tiempo, a la época de Polibio. Si Polibio hubiese conocido un pueblo «ibero» la literatura romana de la época lo hubiera mencionado, de la misma manera que menciona a los «celtíberos»; al no aparecer este término, y aparecer siempre «hispanus» creo que también puede ser argumento que nos permita comprobar cómo también en Polibio, ibero es igual a hispano.

Podría pensarse igualmente que, a pesar de que las fuentes latinas no lo mencionen, los individuos particulares podrían seguir empleando otra terminología. Para verificar o no esto he recurrido a la epigrafía y he comprobado que aparecen, en el tomo II del C. I. L. y suplemento, aunque pueden existir más, las siguientes inscripciones en las que figuran como «cognomen» e, incluso en ocasiones, como «nomen» de varios individuos el término «hispanus»: 1166, 1981, 2025, 2117, 2129, 2397, 2680, 2934, 3133, 3379, 3612, 3839, 4556, 4968 (31), 5924, repartido entre las tres provincias hispanas. Además, aparece un Hispanianus (2052) y un Hispanius (5612).

Frente a ellos aparecen cuatro inscripciones cuyos «cognomina» son «Hiber» o «Hiberus»; L. Atilius Hiberus (2080), en Granada; Octavia Hibera, hija de Hibera (3491), Cartagena; Octavius Hiberus (3388), Guadix, y L. Sempronius Hiber(us?) (4067), en Tortosa. De ellas, la última, por su lugar de procedencia, Dertossa, puede que esté indicando simplemente el origen del individuo, tal vez un nuevo ciudadano o un liberto, ya que Dertossa fue llamada «Municipium Hibera lulia Ilercavonia», estando el término Hibera en relación con el río del mismo nombre (el Ebro actual) que allí desemboca. En los otros casos, aunque no puede asegurarse, tampoco puede descartarse tal interpretación.

Pero frente a la escasez de «hiberi», nos encontramos varias alusiones a individuos hispanos que también especifican su procedencia concreta: así un M. Laberius Callaecus (114), liberto de una tal Laberia y que, ciertamente, adopta como «cognomen» el nombre de su nación; Cántabros (3061, 3199, 4191, 4233, 5795, 5832) y un «Cantabrinus» (5495); Astures (2604 y 2605); Celtíberos (4141, 4464, 4472, 5881, 6067, 6168), un Vacceo (6093), una Lusitana (5390) y una Laietana(6171). Además, aparece un Bastetano (3423) y un Edetano (4251), aunque en estos casos parece que están haciendo referencia a las ciudades de Basti y Edeta, respectivamente.

Además de estos testimonios, podemos hacer referencia a los «cognomina» de las unidades auxiliares del ejército romano imperial, que habitualmente indicaban la zona o región donde había sido reclutada originariamente la unidad. Así nos encontramos, en las «alae» los siguientes (prescindimos de los ordinales): «Arvacorum», «Asturum», «Hispanorum Campagonum», «Hispanorum Auriana», «Lemavorum», «Hispanorum Vettonum civium romanorum», «Flavia Hispanorum», e «Hispanorum». En las «cohortes» aparecen: «Asturum», «Asturum el Callaecorum», «Ausetanorum», «Bracaraugustanorum», «Cantabrorum», «Carietum el Veniaesum», «Celtiberorum», «Hispanorum Scutata Cyrenaica», «Lucensium», «Lucensium Hispanorum», «Lucensium et Callaecorum», «Fida Vardullorum», «Hispanorum Vasconum civium romanorum equitata», «Flavia Hispanorum», «Aelia Hispanorum», «Augusta Praetoria Lusitanorum», «Lusitanorum», diez cohortes, cuyo único «cognomen» es «Hispanorum» (CHEESMAN, 1914, 183-186). Estas unidades proceden, al parecer, de la Tarraconense y la Lusitania, ya que parece ser que la Bética, donde la ciudadanía estaba más extendida, proporcionaba legionarios, al menos en época de Adriano (BREEZE, DOBSON, 1978, 148).

Con todo esto, pretendo demostrar que de haber existido algún pueblo, o grupo de ellos, al que «sensu strictu» pudiese aplicársele el nombre de iberos, habríamos hallado referencias a él en las fuentes latinas, literarias y epigráficas.

Finalmente, deseo mencionar otro hecho; ya vimos anteriormente cómo el aserto de Estrabón (III, 4, 19) acerca de la intercambiabilidad de Iberia e Hispania en su época no es exacto; pero sí podemos observar cómo, ya en época imperial romana, cada vez son más los autores griegos que emplean, junto con el término Ἰβηρια , el término Σπανια o Ἱσπανια, y más los autores latinos que emplean la palabra «Hiberia». Entre los latinos que ocasional o frecuentemente emplean el término Hiberia, podemos citar a M. Terencio Varron, Cátulo, Virgilio, Horacio, Ovidio, Verrio Flaco, Lucano, Columela, Valerio Flaco, Silio Itálico, Plinio el Viejo (aunque para explicarlo), Estacio, Marcial, Frontón, Apuleyo, el anónimo autor del poema del C. I. L., II, 2660, Pomponio Porfirio, Mamertino, Amiano Marcelino (en una ocasión), Ausonio, Servio Gramático, San Jerónimo, Claudio Claudiano, Merobaudes, Sidonio Apolinar y San Isidoro (para explicar el término), sin pretender que sea una lista exhaustiva. Se da el caso de que todos estos autores, o bien son poetas, en la mayoría de los casos, o retóricos, por lo que el nombre de Hiberia, que sin duda es equivalente a Hispania, lo emplean por motivos poéticos.

Por lo que se refiere a autores griegos que emplean el término Σπανια o Ἱσπανια en ocasiones junto con el de Ἰβηρια, nos hallamos, principalmente, a los siguientes: Apiano, Diodoro, Plutarco, Claudio Ptolomeo, San Pablo, Anastasio, Dioscúrides, Licofrón de Caléis, Geleno, Charax de Pérgamo, Esteban de Bizancio, Procopio y ya, prácticamente, todos los autores bizantinos que hacen alguna alusión al tema, salvo aquellos cuya obra poética les sigue llevando a emplear Ἰβηρια. En el caso de los autores griegos, todos ellos de época romana, y por consiguiente, alga más desvinculados de la tradición genuinamente griega, emplean esta terminología porque es el nombre oficial y real, mientras que Hiberia (la forma que emplean siempre los autores

latinos), queda como reliquia del pasado, o como recurso poético para los autores latinos (y también griegos).

Me resta decir, antes de pasar al último punto, que a lo largo de la exposición no he incluido la totalidad de los testimonios útiles de los autores clásicos, aunque los datos que proporcionan han quedado englobados dentro de alguno de los aspectos de la problemática presentada en la argumentación precedente.

VI

En definitiva, y como conclusiones de todo lo expuesto anteriormente, presento las siguientes, alguna de las cuales, no pueden ser por el momento más que simples hipótesis, a la espera de que puedan ser definitivamente rechazadas o corroboradas de modo fehaciente:

— El nombre de Iberia es un término aplicado por los griegos primeramente a una zona, más o menos concreta, que va extendiéndose, al compás de los «descubrimientos» geográficos, por todo el litoral peninsular, en un primer momento, hasta abarcar todo el conjunto de tierras interiores, en un segundo momento.

— El primer sitio donde es aplicado este nombre puede estar en torno a la desembocadura del río Tinto, que sería llamado Iberus; en todo caso, en la región entre el Cabo de San Vicente y el Estrecho de Gibraltar, ya que es ahí donde tienen íugar los primeros contactos conocidos entre griegos e indígenas (Colaios de Samos), y donde las fuentes más antiguas lo atestiguan por vez primera, posiblemente en el siglo VI a. C., lo que sería un «terminus ante quem». Así pues, la aplicación por vez primera de la palabra «Iberia» a alguna zona de nuestra Península, tendría lugar, pienso, durante la segunda mitad del siglo VII a. C., o quizá durante el último tercio del mismo.

— La aplicación de este nombre hay que estudiarla en relación con la Iberia del Ponto Euxino; Iberia sería llamada cierta parte de la Península Ibérica por reunir una serie de coincidencias (anecdóticas, si se quiere), conocidas en la Iberia oriental, especialmente la abundancia en oro. Puesto que no poseemos ningún testimonio genuinamente histórico que nos permita observar el proceso, he recurrido a la interpretación de uno de los mitos protagonizados por Heracles, cuya ubicación parece poder demostrarse que en un primer momento estaba en el extremo Septentrión (hacia cuya zona caería la Iberia Póntica) y posteriormente en el Extremo Occidente; teniendo en cuenta que este último concepto también sufre traslación, pero considerando que ya a mediados del siglo VII a. C., las navegaciones griegas habían permitido fijarlo en el zona más allá del Estrecho de Gibraltar.

— Para ayudar a conocer la ubicación primitiva del trabajo de Heracles que empleamos (undécimo), analizo también someramente otro mito, como puede ser el de Jasón y el Vellocino de Oro. Con todo ello, pretendo demostrar que en los «extremos del mundo» siempre hay riquezas, en la mente de los antiguos griegos. Junto a estos dos mitos, trato de hacer ver cómo, en base a la Arqueología y al estudio de las fuentes, se ha demostrado que la presencia griega en el Ponto Euxino es, ciertamente, anterior a sus tanteos en el Mediterráneo más Occidental, por lo que el conocimiento de los iberos pónticos sería el que serviría de base para llamar con este nombre a los iberos occidentales.

Una vez tratado este problema, en el resto del trabajo trato de demostrar los siguientes puntos:

— El término es, simplemente, un término con valor geográfico, no ligado a ningún pueblo concreto.

— Del concepto de Iberia deriva el de ibero o ibérico, que pasa a designar a cualquier habitante de Iberia, acuñándose un término concreto para los celtas que viven en ella (Celtíberos).

— Es lógico que el término Iberia sea aplicado durante largo tiempo al litoral mediterráneo, y parte del atlántico, peninsular porque durante siglos será prácticamente lo único que de ella se conozca; pero una vez que nuevas zonas sean conocidas, irán quedando englobadas, sin ningún problema, dentro de «Iberia» y sus habitantes, sea cual sea el nombre concreto que posean, se llamarán, genéricamente, iberos. Cuando la presencia romana se inicie en la Península esos términos serán «traducidos» como Híspania e Hispanus, respectivamente, con el mismo sentido.

— Una adecuada lectura de las fuentes permite ver que para los autores clásicos esta problemática no existe, aunque surjan confusiones al no tener en cuenta la mayor amplitud geográfica que el nombre de Iberia va teniendo; pero no afecta a su concepción sobre los pueblos hispanos en su conjunto.

— Una vez que la Península Ibérica es relativamente bien conocida, lo cual no acontece, al menos hasta la época de Plinio, o poco antes, no nos encontramos ante ningún pueblo específicamente ibero. La epigrafía latina, en este aspecto, está presentando el mismo panorama. Esto nos permite ver que los romanos no conocen ningún pueblo que se llame ibero. En época imperial, y posteriormente, serán los autores latinos quienes empleen el término Hiberia, identificado con Hispania, como motivo para sus obras poéticas, mientras que la mayor parte de los autores griegos del momento, emplearán la transcripción griega del nombre de Hispania, por ser este el nombre oficial.

Después de esto, creo que no tiene sentido seguir hablando de los «iberos» como pueblo. Y por lo que se refiere a la «cultura ibérica», creo que tampoco es exacto seguir empleando dicha terminología, porque como ha demostrado algún autor (LLOBREGAT, 1972, 5-7), a pesar de ser bastantes los puntos comunes, quizás sean muchas más las discrepancias entre regiones, una vez que la Arqueología vaya sacando a la luz un mayor número de restos materiales, y avancemos en la crítica de las fuentes; discrepancias que, incluso, y en el nivel actual de nuestros conocimientos (PRESEDO, 1980, 163), son claramente perceptibles. Habrá que hablar, en lugar de «cultura ibérica», de cultura «contestana», «edetana» o «sedetana», pongamos por caso, delimitando claramente los conceptos, y viendo qué componentes, de todo tipo, entran en la formación de cada una de estas culturas, como ha empezado ya a hacerse (LLOBREGAT, 1972; PATAS, 1973). Una vez todas estudiadas, es cuando será lícito, si las similitudes son mayores que las diferencias, hablar de «cultura ibérica», aunque entendiendo con ello la semejanza o no en la respuesta ante un estímulo supuestamente común (aunque éste es un extremo que hoy día también está en entredicho), que pueda haber permitido la creación de una «facies» cultural más o menos uniforme a lo largo de toda el área (costera sobre todo, a lo que parece), sometida a esa influencia, a pesar de sus distintos sustratos y particularidades, y sin que, aparentemente, por el estudio de las fuentes, pueda hablarse de un «pueblo ibérico».

Intentar averiguar en base a los testimonios de personas que, de algún modo fueron testigos y estudiosos de los acontecimientos que tuvieron como escenario nuestra Península, qué pretendían decir con los términos y acepciones que emplearon en un aspecto concreto (problema este de la terminología al que, como hemos visto, tuvieron que enfrentarse, incluso, los propios autores antiguos de distintas épocas, por lo que no debe extrañar que sea tan arduo para los investigadores actuales), ha sido el propósito, que desearía haber conseguido, de las páginas precedentes.

Madrid, enero de 1983

BIBLIOGRAFÍA

ARRIBAS, A. 1976: *Los Iberos.* Barcelona.

BARBERO, A.; VIGIL, M. 1974: *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista.* Barcelona.

BELTRAN, A. 1978: «Origen y desarrollo de las comunidades ibéricas». *Aspetti archeologici dell'occidente mediterráneo.* Roma, pp. 29-48.

BLANCO FREIJEIRO, A. 1980: «La España Antigua. De Altamira a Sagunto». Madrid.

BLAZQUEZ, J. M. 1974: *La Romanización.* I. Madrid.

BLAZQUEZ, J. M. 1977: *Imagen y mito.* Madrid.

BLAZQUEZ, J. M. 1978: *Historia económica de la Híspanla romana.* Madrid.

BLAZQUEZ, J. M. 1980 a: «Los Bárquidas en la Península Ibérica». *Historia de España Antigua. I. Protohistoria.* Madrid.

BLAZQUEZ, J. M. 1980 b: «La Expansión Cartaginesa». *Historia de España Antigua. I. Protohistoria.* Madrid.

BOARDMAN, J. 1975: *Los griegos en Ultramar.* Madrid.

BOSCH GIMPERA, P. 1948: «Los iberos». *Cuadernos de Historia de España,* IX. 5-93.

BOSCH GIMPERA, P. 1966: «Les soldats ibèriques agents d'hellenisation et de romanisation. *Mélanges Carcopino,* Paris. 141-148.

BREEZE, D. J-DOBSON, B. 1978: *Hadrian's Wall.* Harmondsworth.

BROMMER, F. 1953: *Herakles. Die zwölf Taten des Helden in antiken Kunst und Literatur.* Münster/Köln.

CARO BAROJA, J. 1976: *Los pueblos de España.* Madrid.

CARPENTER, Rh. 1948: «The greek penetration of the Black Sea». *AJA,* LII, 1-10.

CIVITA, V. (ed.). 1974: *Mitologia.* Sao Paulo.

CHEESMAN, G. L. 1914. *The Auxilia of the Roman Imperial Army.* Oxford.

DION, R. 1977: *Aspects politiques de la Géographie Antique.* Paris.

DOMÍNGUEZ, A. J. 1982: «En torno a algunos aspectos socio-económicos de la cultura vaccea: Estado de la cuestión y nuevas aportaciones». En prensa.

FALCON, C.-FERNANDEZ-GALIANO, E.; LÓPEZ MELERO, R. 1980: *Diccionario de la Mitología Clásica.* Madrid.

FATAS, G. 1973: *La Sedetania. Las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta. Zaragoza.*

FLACELIERE, R.; DEVAMBEZ, P. 1966: *Heracles. Images & Récits.* Paris.

FLETCHER VALLS, D. 1960: «Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica». *I Symposium de Prehistoria Peninsular.* Pamplona. 195-220.

GALINSKY, G. K. 1972: *The Herakles Theme. The Adaptations of the Hero in Literature from Homer to the Twentieth Century.* Oxford.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1947: *La España del siglo I de nuestra Era.* Madrid.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1948: *Hispania Graeca.* I. Barcelona.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1953: *La Península Ibérica en los comienzos de su Historia.* Madrid.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1967: *Veinticinco estampas de la España Antigua.* Madrid.

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1968: *España y los españoles hace dos mil años.*

GARCÍA Y BELLIDO, A. 1980: *Arte Ibérico en España.* Madrid.

GARCÍA GUAL, C. (ed). 1975: *Apolonio de Rodas: El viaje de los Argonautas.* Madrid.

GARCÍA IGLESIAS, L. 1979: «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico». *AEspA,* 52. 131-140.

GRAVES, R. 1955: *The Greek Myths.* Harmondsworth.

GRIMAL, P. 1981: *Diccionario de mitología griega y romana.* Barcelona.

HARDEN, D. 1980: *The Phoenicians.* Harmondsworth.

HATHORN, R. Y. 1977: *Greek Mythoiogy.* Beirut.

HENLE, J. 1973: *Greek Myths. A vase Painter's Notebook.* Indiana.

KIRK, G. S. 1973: «Methodological reflexion on the myths on Heracles». *Il mito greco. Convegno Internazionale.* Urbino. 285-297.

KIRK, G. S. 1974: *The nature of Greek Myths.* Harmondsworth.

LASSERRE, F. (ed.). 1975: *Strabon. Géographie.* Tomo VIII. Paris.

LEVEQUE, P. 1968: *La aventura griega.* Barcelona.

LÓPEZ MONTEAGUDO, G. 1978: «Panorama actual de la colonización griega en la Península Ibérica». *AEspA,* 50-51. 3-14.

LLOBREGAT, E. 1972: *Contestania Ibérica.* Alicante.

MALUQUER DE MOTES, J. 1954: «Pueblos ibéricos». *Historia de España Menéndez Pidal.* Tomo I. Volumen II. Madrid.

MALUQUER DE MOTES, J. 1978: «Novetats en el món iberic». *Pyrenae,* 13-14. 109-119.

MALUQUER DE MOTES, J. 1979: «Condicionaments i connotacions de l'art ibéric». *L'Avenç,* 14. 27-35.
MONTENEGRO, A. 1976: *Historia Antigua de España.* Madrid.
NICOLINI, G. 1973: *Les Iberes. Art et Civiiisation.* Paris.
NILSSON, M. P. 1932: *The mycenaean origin of Greek Mythology.* New York.
OLMOS, R.; GARRIDO, J. P. 1982: «Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar». *Homenaje a Sáenz de Buruaga.* Madrid.
PEDECH, P. 1976: *La géographie des grecs.* Paris.
PEMAN, C. 1946: *El pasaje tartésico de Avieno.* Madrid.
PENA, M. J. 1977: «La (supuesta) cláusula referente al Sudeste y al Levante peninsular en el primer tratado entre Roma y Cartago». *Ampurias,* 38-40. 511-530.
PEPIN, J. 1958: *Mythe et allégorie. Les origines grecques et les contestations judéo-chrétiennes.* París.
PHILLIPS, P. 1981: *The Prehistory o f Eur pe.* Harmondsworth.
PRESEDO, F. 1980: «Pueblos ibéricos». *Historia de España Antigua. I. Protohistoria,* Madrid.
RAMIN, J. 1965: *Le problème des Cassiterides et les sources de l'étain occidental depuis les temps proto-historiques jusqu'au début de notre ère.* Paris.
RAMIN, J. 1979: *Mythologie et géographie.* Paris.
REINACH, S. 1913: «Midas el Midacritus». *Cuites, Mythes et Religions,* III, París.
ROSENSTINGL, R.; SOLA, E. 1977: «El décimo trabajo de Hércules: Un paleoperiplo por tierras hispánicas». *Ampurias,* 38-40. 543-548.
RUIZ DE ELVIRA, A. 1975: *Mitología clásica.* Madrid.
SCHULTEN, A. 1925: *Fontes Hispaniae Antiquae,* II. Barcelona.
SCHULTEN, A. 1935: *Fontes Hispaniae Antiquae,* III. Barcelona.
SCHULTEN, A. 1940: *Fontes Hispaniae Antiquae,* V. Barcelona.
SCHULTEN, A. 1945: *Tartessos.* Madrid.
SCHULTEN, A. 1952: *Foníes Hispaniae Antiquae,* VI. Barcelona.
SCHULTEN, A. 1955: *Fontes Hispaniae Anliquae,* I. Barcelona.
SCHULTEN, A. 1959: *Geografía y Etnología Antiguas de la Península Ibérica.* Madrid.
SUREDA, N. 1979: *Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el Sureste Peninsular.* Murcia.
TARRADELL, M. 1975: *Imagen del arte ibérico.* Barcelona.
TARRADELL, M. 1980: «Primeras Culturas». *Historia de España.* Barcelona.
TRUMP, D. H, 1981: *The Prehistory of the Medilerranean.* Harmondsworlh.
VILLARD, F. 1960: *La céramique grecque de Marseille (VI-Vsiécle). Essai d'histoire économique.* París.
WELLS, P. S. 1980: *Culture contact and culture change. Early Iron Age Central Europe and the Mediterranean World.* Cambridge.